

PEQUEÑA

Jesucristología

INSTITUTO TEOLÓGICO "NARCISO ESTENAGA"
CIUDAD REAL
PROFESOR LORENZO TRUJILLO DÍAZ
CURSO 2017-2018

*Oigo en mi corazón: «Buscad mi rostro».
Tu rostro buscaré, Señor,
no me escondas tu rostro. (Sal 26,7-8)*

*Todo eso que para mí era ganancia,
lo consideré pérdida a causa de Cristo.
Más aún: todo lo considero pérdida
comparado con la excelencia del conocimiento
de Cristo Jesús, mi Señor... (Fil 3,7s)*

Ni Cristología ni Jesusología. ¿Jesucristología? Corremos el riesgo de fabricar un híbrido que no responda ni a la historia (Jesusología) ni a la teología (Cristología). Es solamente un conato, apenas más que un deseo. ¿Por qué quedarse en Jesús o en Cristo si el nombre completo es Jesucristo? Pero, ¿no es un disparate este intento? A Jesús de Nazaret, al Jesús histórico, accedemos mediante la estricta investigación histórica, se nos dice; al Cristo creído y confesado como Dios y Señor, mediante el estudio de la confesión de fe definida por el dogma eclesial. Dos caminos paralelos y sin cruces: diverso "objeto formal" o perspectiva del estudio, distinto método, diferente resultado. Por eso nos preguntamos: ¿No haremos nosotros un híbrido estéril que no responda a ninguna de las posibilidades apuntadas? Si se trata de descubrir al hombre que vivió históricamente, prescindamos de la fe —nos dicen— e investiguemos científicamente como historiadores neutrales y asépticos. Y si además queremos llegar al ser indemostrable de ese hombre, a su yo íntimo, dejemos de lado el instrumento histórico crítico y confesemos que nuestro discurso sólo sirve para quienes comparten la fe en él. Esto es lo honesto, ¿o no?

Pues seguimos resistiéndonos. Si se trata de la misma persona, ¿se la puede conocer a fondo sin penetrar hasta ese nivel que sólo el corazón, la fe, puede intuir? Y si se trata de la misma persona, ¿es posible mostrar este misterio personal al que accedemos por la fe, sin tener ante los ojos su historia, sus hechos, sus palabras, sus sentimientos...? ¿No son dos dimensiones relativamente inseparables y, necesariamente, en diálogo?

Nuestro intento va a consistir en eso: un diálogo entre historia y fe; un iluminar la historia leyéndola desde la fe y un palpar la fe en la misma historia real. Un ver que la fe en Jesús no es más que el resultado de penetrar su historia iluminados por el Espíritu; nunca habrá fe prescindiendo de la historia y nunca habrá verdadera historia sin la mirada de la fe.

¿Pequeña? Es decir, mínima. Intentaremos ir a lo esencial dejando de lado cuestiones interesantes pero que no juegan tanto en la contemplación de la figura; por eso pequeña, o sea, breve en cuanto se pueda.

Pequeña, sobre todo, por sencilla, sin pretensiones académicas. Usaremos el material comúnmente usado, sin pretensiones de investigación, sin apoyar cada afirmación en una autoridad, sin pretender una demostración científica. Algo así como un reciclaje de material histórico y teológico. En una palabra: regurgitación sapiencial fruto del estudio pero también de la meditación y de la oración. Mis disculpas por no poner a pié de página el nombre y las obras de los verdaderos entendidos; eso es fácil encontrarlo en las notas bibliográficas de Cristologías como las de Olegario González de Cardedal o Angelo Amato, o en estudios exegeticos muy variados. El posible valor de esta exposición sólo puede venir de la coherencia, del cruce de datos coincidentes, y, sobre todo, de la verdad existencial de la figura personal resultante, de la "impresión de realidad" ante esa persona.

La ilusión que persigo (¿o que me persigue?) es encontrar algo así como la lógica del misterio de Nuestro Señor Jesucristo. La lógica: el "cantus firmus", el hilo que engarza las perlas del collar. De modo que desaparecieran las partes —los capítulos— como unidades autosuficientes y separadas, y se pudiera pasar sin solución de continuidad de una frase a otra, de un tema a otro, como si todo fuera una única lección bien trabada.

Al final de nuestro camino encontramos algo que en el Evangelio está en todas sus líneas, pero que se evidencia con claridad asombrosa. Jesucristo, en su totalidad, engloba todo el misterio de la salvación: la teo-logía, o sea, el estudio de la Trinidad divina, es parte de la Cristología; es Dios visto desde Jesús. La eclesiología es la prolongación sacramental de Jesucristo, o sea, derivación de la Cristología. La mariología, o sea, el estudio de la maternidad divina, es parte de la Cristología: condición para la encarnadura del Verbo y garantía de su plena humanidad. La misma antropología teológica, el estudio del hombre en el plan divino, es parte de la Cristología, pues a su imagen hemos sido creados y llamados a la divinización. Sería hermoso penetrar en la persona del Señor hasta ver este panorama infinito. Al menos vale la pena intentarlo.

PRIMERA PARTE:

LA IMPRONTA DE JESÚS

*En los siguientes once temas no pretendemos hacer una historia de Jesús sino un reconocimiento del impacto de su vida y del desarrollo coherente de ese impacto. Téngase esto muy presente: no hay en esta primera parte ninguna pretensión de presentar al Jesús histórico para pasar después al dogma o confesión de fe; solamente, acercarnos a su impacto, a la huella dejada en otros. La palabra clave para entender nuestra pretensión es **impronta**: pensemos, a modo de ejemplo, en la Sábana de Turín, en la impronta de aquel cuerpo, de aquel rostro. Es una huella, un eco, una alteración en el material o en las personas. Los afectados por la presencia de Jesús de Nazaret muestran ese impacto en sus vidas, en sus recuerdos, hasta poder ofrecer algo así como un "vaciado" del rostro de aquel hombre, una impronta de su existencia. Las vidas de los discípulos y de los discípulos de los discípulos se vieron alteradas para siempre; sus convicciones religiosas entraron en profunda crisis. Los recuerdos posteriores no serán "objetivos" en el sentido de fríos, neutrales, distantes; son recuerdos cálidos, con heridas en carne viva y sin cicatrizar a pesar de los años. Pero ellos son la primera y principal "sábana santa" que revela el rostro visto y amado.*

De modo que estos temas que siguen no son más que la impronta, la impresión que dejó. Lo más importante que verificaremos es que, bajo categorías muy diversas y en situaciones, culturas y momentos muy distintos la impronta coincide perfectamente, es el mismo rostro. Es como si el impacto de la piedra en el agua hubiera producido ondas totalmente concéntricas y, por tanto, todas ellas resultantes del mismo golpe.

LECCIÓN PRIMERA

LA SINGULARIDAD DE JESÚS DE NAZARET

1. Dos modos de estudiar a Jesús

Lo hemos adelantado en la introducción. Uno, desde una investigación exclusivamente histórica, analizando las fuentes críticamente, dejando de lado o poniendo entre paréntesis cualquier rastro de fe y buscando categorías de su época donde encuadrarle como persona "normal", individuo pautado y clasificado por las normas culturales del momento. El otro, desde la confesión de esa fe en él y partiendo de los datos que ofrecen la Escritura, los Padres y los Concilios cristológicos leídos como cartas de familia en el seno de la Tradición eclesial. El primero de esos estudios se conoce como "Jesusología", pretendidamente válida igualmente para el creyente y para el no creyente; el segundo es la "Cristología" o mirada desde la fe, de uso exclusivo para los creyentes a modo de ideología subjetiva razonada y compartida... por ellos. A pesar de todo, no tendrían por qué ser contradictorios y opuestos. Un ejemplo clásico, y en parte sobrepasado, el de Karl Adam, teólogo de Tubinga del siglo pasado, que nos presentó dos obras complementarias: *Jesucristo* y *El Cristo de nuestra fe*.

Sin embargo, durante la primera mitad del siglo XX, la llamada *Escuela de las Formas* (Formsgeschichte, Rudolf Bultmann) inicia un estudio del material bíblico sobre Jesús que pone en duda la posibilidad de reconstruir la historia del mismo y coloca bajo sospecha de deformación helenística no sólo la cristología dogmática sino también la figura que presentan los evangelios. Ese análisis literario de los evangelios los califica, de entrada, como **literatura popular anónima*, compuesta de **múltiples unidades literarias* muy diversas en género literario, tiempo de composición e ideología de los autores, producto todas ellas de las **necesidades apologéticas* de las comunidades, y, finalmente, contaminadas por el **pensamiento mitológico* de la época (milagros, ángeles y demonios, etc.). Sometidas las unidades literarias a esa severa crítica, es muy poco lo que el historiador actual puede aceptar como realmente sucedido, como histórico — concluyen al menos al comienzo—. Casi nada.

Los resultados de esta investigación, que con distintas etapas y tendencias reina ya en la exégesis bíblica ochenta o noventa años, no se pueden rechazar como

absolutamente negativos para el creyente; la Pontificia Comisión Bíblica publicó en 1964 una Instrucción en la que animaba a los investigadores católicos a usar con las debidas cautelas y sin prejuicios agnósticos esta metodología. Los exegetas del siglo XX han analizado y comparado los textos con tal atención, y, en muchas ocasiones, con tal rigor que hemos descubierto ecos, intenciones, conflictos subyacentes muy diversos y sorprendentes; hemos atisbado los problemas y necesidades de la primitiva comunidad a la hora de preferir unos recuerdos a otros y de ampliar con glosas actualizadoras; hemos oteado la "teología" de los últimos redactores del Evangelio. En definitiva, un enriquecimiento para el creyente y un desafío a su inteligencia y a su fe. Nada de condena global; globalmente, sin entrar en detalles, sólo cabe la gratitud.

El lado negativo es que, a veces, han convertido en dogmas "científicos" resultados muy discutibles por los prejuicios que en ellos subyacen. Frecuentemente, la pretendida neutralidad o puesta entre paréntesis de la fe encubre un cierto deísmo contrario no tanto a la mentalidad de aquella época sino a una fe real en un Dios real. Tampoco es positivo el rechazo previo a los dogmas, rechazo en parte debido a la caída del pensamiento especulativo, en parte a una empobrecedora clausura sobre la letra de la Escritura (*sola Scriptura*). Y, cierto, la Sagrada Escritura es Palabra de Dios inspirada, pero, tan cierto, el cristianismo no es una "religión del Libro". En esos casos aludidos ya no son dos modos de aproximarse, sino una metodología científica que no lo es del todo y que, en vez de guardar un prudente silencio cuando no es posible pronunciarse, relega a discurso mitológico lo que no es verificable con sus métodos. Resultado: el Nombre sobre todo nombre, "Jesucristo", se rompe del todo en sus dos componentes, Jesús y Cristo. Casi puede decirse que se llega a presentar a dos sujetos diferentes: una persona histórica sobre la que apenas se sabe nada con seguridad científica, y un personaje construido por la fe de sus seguidores a través de debates bizantinos sobre su naturaleza divina y humana, sobre su conciencia, sobre su unidad personal, etc. Desde el punto de vista de la historia de la confesión de fe, este análisis "científico" retrocede a posturas cercanas al *nestorianismo* (dos sujetosacompañados: el Verbo eterno y el hombre asumido por aquel). Lo estudiaremos más adelante.

Cuando los investigadores, con el material acumulado por la disección y análisis de los textos, intentan recuperar la figura histórica de Jesús de Nazaret (dar vida al cadáver diseccionado y fraccionado en mil reliquias), llegan a conclusiones muy distintas, si no contradictorias, sobre ese pretendido sujeto histórico rescatado de la tumba donde la fe supuestamente le sepultó: Jesús fue un *profeta*

apocalíptico que no acertó en su anuncio inmediato del fin del mundo (Albert Schweitzer o Bart D. Ehrman); o un *sanador carismático galileo* (Geza Vermes); para otros, un médico y *curador de la angustia humana* (Eugen Drewermann); o, quizá, un sabio, bien *campesino cínico judío* (Crossan) bien *filósofo cínico itinerante* (B. Mack); incluso, se reconstruye como un *zelote revolucionario* que asaltó el templo (Brandon, Carmichel); no falta quien le presenta como un *monje esenio cismático* (E. Bordeaux Székely), o un rabino *fariseo tolerante y misericordioso* (Flusser). ¡Y dejo de lado los más estrambóticos y estafalarios! Tantas imágenes, y tan parecidas a las posturas personales de sus autores, que bien puede decirse que la figura unitaria que emerge de los evangelios es mucho más real, más compleja, más viva y verosímil que cualquiera de estas simplificaciones. Una figura viva que reconocemos como idéntica en las cuatro versiones del Evangelio, tan distintas temporal, cultural y teológicamente. Es esa figura la que ha levantado la fe y el testimonio martirial de la misma; las reconstrucciones "*frankenstenianas*" no han cambiado vidas, no suscitan amor ni rechazo, no han convertido a nadie. De estos estudios emerge una etiqueta, una calificación genérica, pero no una persona viva, un alguien único, como ocurre, por el contrario, cuando se lee el Evangelio en cualquiera de sus versiones.

2. La "esencia" del cristianismo

Quizá conviniera antes de entrar en materia, advertir, desde la Fenomenología de la Religión, sobre un rasgo específico de lo cristiano; sería un buen horizonte para acercarse a las fuentes y comprobar si ellas de algún modo confirman esa originalidad. Pues bien, hay, ciertamente, algo que define lo cristiano frente al hecho religioso en general y frente a los hechos religiosos particulares. Es nuestra constatación primera. Se trata de esto: ***el cristianismo se reduce a Jesús, se concentra en Jesús, consiste en Jesús, es Jesús.*** En todos los momentos de la historia, pero también en todos los estratos de la tradición evangélica, la persona de Jesús es el centro de todo. De modo que su hipotética desaparición, o esa pretendida falsificación ahora descubierta, darían al traste con el cristianismo como tal. No ocurre esto con las demás religiones: se sostienen por encima de su iniciador o fundador; unas, porque se trata de religiones terapéuticas o sistemas metodológicos para adquirir la paz o el conocimiento; otras, porque el fundador es, simplemente, un instrumento humano del que se podría prescindir una vez cumplida su misión (profeta, por ejemplo). La esencia del budismo o del islamismo no tendría por qué sufrir hondamente aunque se pusiera en duda la historicidad o la moralidad de sus

fundadores. En el cristianismo es totalmente distinto. Desde ahí es desde donde hay que empezar a investigar: ¿por qué sucede esto?

La pregunta “quién eres” cruza todo el evangelio... y toda la historia posterior. Su doctrina es admirable, su misericordia ilimitada, pero la interrogación de los oyentes versa, ante todo, sobre su persona: ¿quién eres? ¿Quién es? Es la pregunta que el mismo Jesús dirige a los discípulos en un momento definitivo: ¿Quién dice la gente que soy yo? ¿Quién decís vosotros que soy? ¿Tan imprescindible es responder a esta pregunta? Sí; es la pregunta insoslayable, ciertamente: tanto en su época como en la actualidad, la presencia de Jesús rompe las categorías de comprensión que se aplicaban y se aplican a un hombre público (nacionalista, esenio-monje, profeta, carismático, líder campesino, subversivo, revolucionario, reformista).

¿De qué fundador religioso se mantiene siempre abierta esa pregunta por su “quién”? De ninguno. En todo caso se discute la datación de su nacimiento, su experiencia fundante y muerte, o su entorno familiar, o su doctrina original, pero no su quién, su identidad personal. Esto sugiere, de entrada, que si hubo una mitificación posterior, como algunos desearían, el origen y la responsabilidad de ese proceso de falsificación estarían en el mismo Jesús histórico que dio pie a ella con una conducta desconcertante para sus oyentes y seguidores. Aquí, justamente, radica la originalidad del cristianismo: si se elimina al Jesucristo que conocemos se hunde todo; los intentos de "salvar" la doctrina o la “causa”, o los valores que su figura sugiere, están llamados al fracaso social. No tienen nada que ver con el cristianismo real.

El cristianismo se ha vivido siempre como la relación personal y actual con Jesucristo. Algo digno de tenerse en cuenta, incluso a la hora de empezar una aproximación científica. La oración es conversación con él; el culto, adoración y asimilación de su persona real (¡comida!); la ética, "revestirse" de él y verle personalmente en el prójimo. El cristiano desea ese encuentro, lo busca, lo goza. Los templos cristianos de la gran tradición poseen algo extraño para cualquier hombre religioso de otra pertenencia: una pequeña arqueta a la que el creyente visita y ante la que habla con alguien que allí percibe y confiesa como presente, Jesús. Es la experiencia que narra Edith Stein y que tomo de la página de la Santa Sede sobre ella: *Por aquel tiempo le ocurrió un hecho importante: observó cómo una aldeana entraba en la Catedral de Frankfurt con la cesta de la compra, quedándose un rato para rezar. "Esto fue para mí algo completamente nuevo. En las sinagogas y en las iglesias protestantes que he frecuentado los creyentes acuden a las funciones. Aquí, sin embargo, una*

persona entró en la iglesia desierta, como si fuera a conversar en la intimidad. No he podido olvidar lo ocurrido". No es una anécdota; es el centro de la vida cristiana.

Precisamente por esa relación personal en presente, el testimonio cristiano no es "testimonio del testimonio de los testigos originales": *yo atestiguo que ellos testificaron...* En el terreno de la relación, todo cristiano se siente contemporáneo de Jesús, se salta la distancia histórica que le separa; sin esforzarse, sin pretenderlo. El testimonio que el cristiano presta es testimonio propio aunque hayan pasado siglos desde el Acontecimiento. Relación personal actual. ¿De dónde viene eso? ¿Cuál es su origen? Sin responder a esto, cualquier aproximación a Jesús, histórica o creyente, ignora un apriori esencial para conocerle. Lo intentamos.

3. Un hecho originario e indiscutible: su autoridad.

La impronta primera y más evidente del rostro de Jesús en los evangelios es, sin duda, su **autoridad**. Esa demasía que hace que sus hechos y palabras tengan para los testigos un alcance superior al puro hecho o dicho: ese "más" que atrae a unos y distancia a otros. Lo constata el evangelio de Marcos apenas comenzar: *Todos estaban asombrados de su enseñanza, porque les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas* (Mc 1,22). No se admiran tanto del contenido de sus enseñanzas cuanto de la autoridad con que las pronuncia: la connotación, énfasis o retintín. La mirada no se queda en el milagro o en la doctrina sino que se dirige y se fija en su persona. Esta sigue siendo la impresión que la globalidad del evangelio produce en un lector atento y honrado. Lo destaca con gran perspicacia Benedicto XVI en su obra "Jesús de Nazaret" mediante un "diálogo" con el libro del rabino estadounidense Jacob Neussner que a su vez se imagina seguidor del rabino Jesús de Nazaret. En la página 134s del segundo tomo dice el Papa: *"... Neussner había seguido todo el día a Jesús; por fin se retira a orar y a estudiar la Torá con los judíos de una pequeña ciudad para después comentar lo escuchado con el rabino de allí (...) «¿Y así —le pregunta el maestro— es esto todo lo que ha dicho el sabio Jesús? Yo: «No exactamente, pero aproximadamente sí». Él: «¿Qué ha dejado fuera». Yo: «Nada». Él: «Qué ha añadido». Yo: «A sí mismo». Ese es el núcleo del «espanto» del judío observante (...) y el motivo esencial por el que no quiere seguir a Jesús...".* Y es cierto. Jesús "añade" ese *sí mismo* que desborda las expectativas y crea incertidumbre y desconcierto en el oyente, en cualquier oyente. Ese "sí mismo" viene de él y no de la primitiva cristiandad, es el centro de su impronta, y es el único responsable de las ondas concéntricas que se extienden desde el guijarro que es su vida

arrojada al mar de la historia. El Papa Benedicto, viendo la ceguera de quienes, por tener delante al Señor todos los días nos hemos acostumbrado a esa demasía y no percibimos tanta autoridad, nos pone delante el impacto original de Jesús en la conciencia de un honesto judío que ha conservado la fe de sus antepasados y lee, sin prejuicios "cristianos", el evangelio. Y viene a decir el Papa: ese sí ha entendido el alcance de la pretensión de Jesús; ha entendido aunque, por ahora, justamente lo que ha entendido le ha escandalizado y le ha impedido creer; pero ha entendido; ustedes, estudiosos cristianos, no siempre. Lo que hoy algunos investigadores pretenden poner en primer plano es "el proyecto" de Jesús, dejando en un segundo esa "plusvalía" personal que constituyó el primer impacto, la esencia, y del cual los evangelios históricos, desde el primer al último estrato literario, son un eco admirado. Benedicto nos muestra cómo el Rabino Neussner sí se percata, lo mismo que se percataron los contemporáneos del Señor. Lo que tuvieron que decidir los oyentes de Jesús fue si aceptaban la autoridad con que se presentaba o la rechazaban; lo demás era secundario. Jesús pide algo que un judío piadoso no puede entregar a hombre alguno, a no ser que ese hombre esté más allá de lo humano... y eso es impensable para su conciencia; sólo la gracia puede abrir el corazón a la fe. Por eso, la pregunta que atraviesa el evangelio y que sigue planteándose hoy a todo hombre es muy simple: *quién es Jesús de Nazaret*. Profeta, sabio, terapeuta, exorcista... Sí, pero ¿quién? Porque en esos "qués" se revela una autoridad, una originalidad que los desborda y los rompe y deja en segundo plano.

4. Algunas huellas de esa autoridad.

Señalamos brevísimamente algunos indicios no ocasionales de esa "demasía" personal, de esa autoridad pura (sin poder añadido) y, al tiempo, inexplicable.

① El término "autoridad" se reitera varias veces en circunstancias muy significativas. Además del comentario de Marcos que hemos citado y que repiten los demás evangelistas en lugares paralelos, hay otros pasajes que dan idea de la dimensión de esa autoridad: autoridad para hacer callar y expulsar a los demonios (Mc 1,27 y paralelos); autoridad para dar poder a otros, los Doce, sobre esos mismos espíritus (Lc 9,1); autoridad para calmar las fuerzas desatadas de la naturaleza (Mc 4,41); autoridad para expulsar a los vendedores del Templo a modo de purificación, cosa que ni el Sumo Sacerdote se atrevería a hacer (Mc 11,28s y paralelos). En aquella ocasión, el Sumo Sacerdote se ve obligado a enviarle mensajeros que le preguntan quién le ha dado esa autoridad de que hace gala. Ninguno de estos pasajes son sospechosos de ser glosa, mitificación, o

algo similar. La presencia de Jesús produce un impacto de admiración o de repulsa, no por lo que dice sino por el modo cómo se atribuye a sí mismo lo que dice o hace.

② La forma de proponer su doctrina es propia de quien está por encima de ella, como su *auctor* (de *augere*, aumentar, hacer crecer). Autor es la fuente, el origen de algo; de ahí se deriva su autoridad. Efectivamente, Jesús nunca se presenta como un investigador, o como receptor de tradiciones, o como un hermeneuta, ni siquiera como un enviado o representante *extrínseco* al representado (Dios), sino como *autor*. Habla desde "dentro" de ese Dios al que llama "Padre" con acentos de intimidad sin parangón. Un ejemplo es lo que Mateo recoge como Sermón del Monte (Mt.5-7), sobre todo, el "*pero yo os digo*" (5,21.27.31.38.43) con que supera los mandamientos del Sinaí. "**Se dijo** (*¡Dios dijo!*) **-pero- Yo os digo**". No es un portador ni un intérprete de la ley sino el legislador. Este modo de hablar se revela también en el "*amen, amen*", "en verdad, en verdad", "con toda certeza". A veces, sin repetir (Mt 7,29; 21, 23.24.27; Lc 4,24). A veces repetido (Jn 1,51; 3,3.5.11; 4,23; 5,19.24.25; 6,26.32.47.53; 8,34.51.58; 10,1.7; 12,24; 13,16.20.21.38; 14,12; 16,20.23; 21,18). Es una aseveración absoluta, propia de quien está totalmente cierto y se pone él mismo, además, como garantía de la verdad. Es el "Yo", la "plusvalía" personal, lo que hay que resolver antes de creer o de rechazar la fe. Cuando los cristianos pierden la fe y tratan de mantener las reliquias de la misma, sustituyen la persona de Jesús por los "valores" que inspira, han vaciado el Evangelio de su contenido esencial.

③ El choque con las leyes de santidad cultural referentes a los alimentos (Mc 7,14s), abluciones (Mc 7,1s), corbán (Mc 7,8), sábado (Mc 2,22s y par.), ayunos (Mc 2,18), no viene de una mentalidad secular o liberal por parte de Jesús, como ahora —con un "transfer" retroactivo falsificador— quieren algunos. Jesús era un auténtico *asideo* o piadoso, un orante, un amante del Templo: ... *y no consentía que nadie atravesase el templo llevando utensilio alguno* (11:16). No es un hombre secular al gusto actual sino el Hombre de Dios (Dios de Dios) que descubre la verdad de lo secular desde la mirada de su Creador. La crítica procede de su *autoridad* sobre esas instituciones: "*El Hijo del Hombre es señor del Sábado*" (Mc 2,27-28). Esta "arrogancia" (arrogarse autoridad) es lo que promueve el rechazo del fariseo y, por el contrario, fascina y sobrecoge al discípulo.

④ Su absoluta disposición sobre el destino de las personas. Cuando llama a sus discípulos (Mc 1,16; 2,13; Lc. 9,57s) o cuando pone condiciones para el

seguimiento que relativizan el amor a la familia y a la propia vida (Mc 4,31s; Mc 8,34-38), impone unas exigencias y unas urgencias tan absolutas que echan atrás a mucha gente. Se comporta como un monarca con sus súbditos, ¿o quizá como algo más todavía?

⑤ Todos estos rasgos de autoridad, de demasía, se podrían concentrar en uno indiscutible: Jesús exigió fe en él. ¿Qué profeta, o sabio, o rabino se atrevería a ello? No entramos en el tipo de fe. Simplemente: vinculó la fe en Dios con la fe en su persona. ¿Hay en la Escritura algo semejante? Este rasgo no es fruto de glosa, ni de mitificación; es el eco más directo y palpable de la vida de Jesús, el que constituye la médula del seguimiento cristiano.

El estudio crítico de los textos evangélicos nos ha aportado matices y dimensiones muy importantes que ayudarán a distinguir el camino hacia la plena confesión de los discípulos, pero este núcleo inicial es lo más original y básico, desde donde hay que discernir y organizar el resto de la información. Los temas que estudiamos a continuación en esta primera parte, no son más que variantes temáticas de esa autoridad que muestran en su coincidencia que todo viene del mismo impacto para formar la misma impronta.